

Palma de Mallorca

Autor: Manolo Campa

Desde que era un cursillista con pocas "horas de vuelo" soñaba con visitar el lugar donde se iniciaron los Cursos de Cristiandad. Tenía la ilusión de conocer a algunos de los hombres que inspiró el Espíritu Santo para aquel primer Curso.

Veintiséis años después divisaba desde el avión la isla de Palma de Mallorca. Según descendíamos se acercaban las montañas que, como impresionantes murallas, rodean el aeropuerto. Al llegar sentí la satisfacción de ver un anhelo hecho realidad.

En el aeropuerto nos esperaba Antonio. Lo habíamos conocido en una visita que hizo a Miami. Desde entonces nos decía en sus cartas que nos esperaba en Mallorca... y allí estaba, sonriente, amable, cordial.

En su casa nos recibió su esposa Mariana, con un afecto tan cálido que nos hizo sentir como de la familia. Antonio cocina por afición y lo hace a la perfección. Aquellos platos acompañados con vino tinto de bodegas mallorquinas sabían a delicias importadas del cielo. El itinerario preparado se aplazó debido a una siesta urgente que tuve que tomar después del almuerzo. El vino y la buena mesa en cantidades generosas me "noquearon".

El lunes se había celebrado una Ultreya que nos perdimos pero al día siguiente, jueves, tenían una Misa de cursillistas a la que asistimos, y conocimos a algunos de los de antes y a muchos de los de ahora.

Haciendo un recuento de aquellos momentos, además de saludar a Eduardo Bonnin, conocido por todos en Miami, saludé y compartí durante el desayuno que siguió a la Misa, con: Bartolomé, del primer Curso, que sería el Rector del próximo Curso #347 a celebrarse en agosto; otro Bartolomé, el del bastón, sonriente; Mariano, parecido a Don Quijote, alto delgado, con barba, pintoresco, efusivo, impetuoso... un personaje sobresaliente.

Dimos un paseo impresionante por las montañas en el auto de Bartolomé, el Rector, que soltaba el timón para gesticular dando énfasis a lo que decía sobre Cursos... por eso cada vez que mi mujer y yo veíamos que se acercaba una curva, tratábamos de tomar la palabra nosotros para que él mantuviera la concentración en aquel sendero peligroso.

Teníamos planificado un almuerzo campestre con Eduardo Bonnin, Antonio y su señora, pero antes de partir fuimos con otros dos Cursillistas: Tony y Guillermo a visitar a Andrés al hospital donde se reponía de una cirugía. Nos halagó mucho lo agradecido que estuvo de recibir la visita de dos "hermanos de Miami".

Durante el "camping" en los jardines del Monasterio, notamos a Bonnin concentrado profundamente, haciendo unas palomitas de papel. Nos informaron que ése es un hábito que ejerce desde su juventud. Con aprecio retiré de la mesa cuatro

de esas palomitas que para mis son recuerdos de un hombre valiosísimo de una sencillez encantadora.

Fueron muchas las atenciones que recibimos de nuestros hermanos mallorquines. Tienen fama de ser muy hospitalarios pero con nosotros, por ser parte de la comunidad de Miami, que noté aprecian, rompieron todos los récords.

Nos subieron a sus montañas. Nos pasearon por sus bellas playas. Nos acogieron en sus casas. Visitamos sus cuevas fabulosas donde, desde góndolas en lagos subterráneos, interpretan música selecta. Visitamos la fábrica de perlas y los talleres de artesanía fina. ¡Nos hicieron disfrutar de todo lo de ellos!

En la visita que hicimos a Eduardo Bonnín en su casa tomamos fotos para poder visualizar los recuerdos en el futuro. Para una de ellas le pedí a Bonnín que "posara" delante de un letrero que tiene en el vestíbulo, que se lee así: "En esta casa modesta, seas muy bien recibido, pues siempre es día de fiesta cuando aparece un amigo".

Tomé otra de su despacho, lleno de recuerdos de sus visitas a los continentes donde se celebran Cursos de Cristiandad.

Para Mallorca, la isla de tantas bellezas y sus cursillistas tan amigos, nuestra admiración incontenible y nuestro cariño más sincero.